

Te adoro pobrecito,  
Y mi amorosa frente  
Ante un pesebre inclino;  
Te adoro siempre pobre,  
Ya huyendo para Egipto,  
Ya en el taller sudando,  
Ó ya vertiendo el rio  
De tu doctrina excelsa  
Por villas y caminos,  
Ya en el madero santo,  
Do te clavó el delito  
Del humano linaje;  
Do quiera pobrecillo  
Te descubren mis ojos;  
Y libremente elijo  
Para mí tu pobreza,  
Ó generoso Amigo  
De los pobres hambrientos,  
Y tu pobreza hechizo  
Es para el alma mia.....  
¡Mi desnudez bendigo!.....

CAPÍTULO XLIX.

*La esperanza.*

Hay algunas ideas de consuelo, pertenecientes en algun modo á la filosofía natural por ser hijas de la razon, pero que sin embargo valen muy poco si nuestra bienhechora Religion no viene en su auxilio, elevándolas y engrandeciéndolas con sus luces celestiales. Tal es entre otras la idea tan dulce para los que viven bajo el dominio de la tribulacion de que pasa y se acaba esta vida de dolores. ¿Pero qué importa que pase y que se acabe si en su término se halla la formidable muerte, aterrando con su guadaña destructora, y el sepulcro espera con su pavoroso silencio, sus devorantes gusanos y sus tétricos horrores? Hé aquí cómo sin la esperanza del cielo, que solo es propia de la Religion, lejos de consolar verdaderamente, intimida y estremece el término de la vida. Para que consuele es preciso que mas allá de la tumba brille á nuestros ojos una gloria inmortal é inmensa. La esperanza del cielo es la única que nos

reconcilia con la muerte, que nos hace superiores á sus espantos y al terrible pensamiento de la destruccion de nuestro cuerpo debajo de una losa.

Para sobreponerse á esa gigantesca calamidad llamada muerte era necesaria una idea aun mas grande, cual es la de una eternidad de gloria que se espera en el cielo. Repetiré pues que solo esta esperanza convierte en vivífico germen de consuelo la caduca velocidad con que nuestra existencia corre á estrellarse en la huesa. La esperanza nace de la fé y su viveza guarda siempre con ella cierta proporcion; por manera que cuando la fé es grande, lo es tambien la esperanza, y cuando la fé es viva es tambien fecundísima en buenas obras, las que haciendo el alma acepta á Dios, con él la unen con una correspondencia de amor, que da nuevas alas á la esperanza; y á medida que esta se aviva suben de punto los consuelos que derrama en la amargura de las tribulaciones, y entre las sombras del dolor hace reinar con resplandores crecientes la encantadora idea de alcanzar una sempiterna dicha en el cielo, y parece que el cielo mismo baja anticipadamente á brillar en el pen-

samiento, que con un huésped tan glorioso no puede menos de ser feliz mientras le tenga consigo.

Espero en el Señor que me ha salvado  
Vertiendo los raudales de sus venas,  
Espero en el Señor que las cadenas  
Al morir romperé de mi pecado.

De gemir y llorar estoy cansado,  
Pero se han de acabar mis rudas penas  
Cuando suba del cielo á las almenas  
Mi espíritu de carne libertado.

Mis cuitas y mis ayes y dolores  
Quedarán á este lado de la tumba,  
Y al otro he de encontrar divinas flores.

Sufriré pues en paz la pesadumbre  
Del cuerpo, que á la tierra se derrumba  
Hasta que con su gloria Dios me alumbre.

Sí; la esperanza del cielo no solo es consuelo dulcísimo, sino tambien rica mina de resignacion para sufrir con paciencia y hacer mas llevaderas y mas suaves las muchas penalidades, que á nadie y en parte alguna faltan. El mundo entero es un país de infortunio, y Dios quiere que lo sea para que suspiremos por el cielo, dándonos entre tanto por

remedio de nuestros males el bálsamo de la esperanza.

La vida humana no es jardín de flores,  
Aunque abunden placeres y riquezas:  
Abrojos tiene y hórridas malezas,  
Porque brotan en ella los temores.  
Se acumulen espléndidos honores,  
Salud, comodidades y grandezas;  
Jamás levantaremos fortalezas  
Adonde no penetren sinsabores.

El miedo de perder lo que estimamos  
Vive y domina en la espinosa cumbre  
De los caducos bienes que gozamos.

¡Ah, la dicha del mundo es pesadumbre!  
¡Solo en la eterna gloria que esperamos  
Será que luz de puro gozo alumbre!

Pero hay lastimosamente en el hombre una cosa que embota la esperanza, y que hasta la hace desfallecer. El alma que por la culpa se reconoce enemiga de su Hacedor, sabe que permaneciendo en semejante estado no tendrá cielo, y teme que se le aproxime la muerte, aunque por otra parte el dolor y las espinas de este valle de lágrimas le agujonean inspirándole deseos de dejarlo.

Siempre esta vida es un continuo lloro.  
Todos gimen contando que hay pesares  
Dentro del corazón. Tierras y mares  
Rebosándose están de tal tesoro.

Aquel padece por la sed del oro,  
Este por el amor. El otro azares  
Encuentra en los caminos, y á millares  
Las cuitas punzan al cristiano, al moro.

Cuantos comen el pan de la amargura  
Publican que este mundo es un destierro,  
Y patria el cielo á la virtud guardado.

¿Pues cómo se penetra de pavaña  
Quien ya ve cerca la hora de su entierro?  
¡Por el pecado ¡ay Dios! por el peccad!!.....

Mas aun para este mal gravísimo hay un remedio santo debido á nuestra salvadora Religion, y es la esperanza en la inagotable misericordia del Dios que dió la vida por nuestro amor.

¿Á dónde, sino en tí la penitencia  
Encontrará, Señor, dulce acogida?  
Tan solo tú de la culpable vida  
Has hecho convirtiéndola inocencia.

Inseparable de tu diva esencia  
Es la misericordia condolida  
De la fragilidad arrependida,

Á la cual abre el cielo tu clemencia.

Nadie te iguala en perdonar. Por eso  
En nuestro último, fúnebre proceso  
Guardaste para tí ser juez propicio.

Tienes, ó Padre, el corazon abierto  
Con herida de amor para que en juicio  
Sea de nuestra salvacion el puerto.

---

Dios de bondad inmensa,  
Que adora el alma mia,  
Tu excelsitud augusta  
Acatando rendida,

¿Perdonarásme blando  
Si mi lengua publica  
Que mas esperar debo  
Que temer tu justicia?

Sí, esperar tus favores  
Mas que temer tus iras,  
Porque Jesus divino  
Por mí dió sangre y vida;

Y desarmó con ellas  
Tu diestra, que fulmina  
Sobre él los golpes fieros  
Que en mí caer debian.

Y para mí con ellas  
Tu piedad infinita  
De su pasion al precio

Compró haciéndola mia.

Son míos los tesoros  
De su sangre divina;  
Mia la oblacion pura  
Que te ofrece en la Misa.

Mias todas sus llagas,  
Que en mi favor te gritan;  
Sus méritos son míos,  
¡Que él no los necesita!

Mia la tierna Madre,  
Que cuando en cruz moria  
Me la dejó en herencia  
Su prenda mas querida.

Por eso yo confío  
En tu Deidad propicia,  
Pues descargó ya el golpe  
La espada de tus iras.

Por eso perdonarme  
Debes esta osadía,  
Con que mas de tí espero  
Piedad y no justicia.